

PAISAJE DE NEW = YORK

La noche estaba húmeda, los escaparates mojados. Había anuncios luminosos en todas las fachadas, había negros y muchos automóviles, taconeaban las mujeres y fumaban rápidamente sus cigarrillos.

Salí rápidamente de mi cuarto del hotel y dí una propina a la criada negra que estaba de servicio en el ascensor. Salí muy español, con mi pelo mojado por la lluvia que acariciaba el viento de la noche.

Todo era muy moderno, pero no se crea que como lo moderno europeo. No, no; lo moderno europeo consiste en imitar un poco a lo antiguo y lo antiguo es encantador.

Yo dí una gran voz: «¡Oh! perdonadme señores americanos esta situación tan embarazosa».

En esto, un criado me abrió la puerta y por una escalera toda de metal—y que no hay que molestarse en mover las piernas para subirla—bajaba a todo correr mi amigo Diego. ¡Dios mío, qué buena persona es mi amigo Diego!

—Por fin ya estás aquí, me dijo. ¡Has tenido suerte! ¿Pero cómo? ¡Estás preocupado! Quitá esas ideas de la cabeza. ¡Ya verás dentro de un año. El tiempo, querido amigo, es la mejor medicina!

Tenía los broches de la camisa de oro puro con brillantitos incrustados que despedían luces verdes y rojas que se reflejaban en las caras de las mujeres elegantes, en sus espaldas desnudas. Yo estaba oscuro y aburrido, mirando al techo y mordiendo una pipa que me había comprado para poder fumar tabaco negro.

Algo molesto, salí a la terraza a ver la luna pero tenía la cara muy redonda y las manos muy delgadas y huesudas. Dicen que en esto consiste la verdadera feminidad. La dejé y no volví a acordarme más de ella en toda la noche. «Desengáñese usted: ¿Cómo voy a bailar con la luna, cómo voy a molestarme en invitarla? No me apetece bailar con ella. Yo ya tengo treinta años y voy a tener un hijo. Poseo una experiencia de la vida».

Cerca había una mujer muy delgada y con ojos azules. No quería bailar pero me miraba significativamente. Me acerqué a ella pero no comprendía bien el idioma en que me quería hacer comprender yo. No entendía bien porque no hablaba inglés...

—América es hermosa, me decía. Aquí toda la gente se divierte mucho. Es el país de la alegría.

—¿Ha visto usted el Metropolitan Museum?

—Sí, le contesté, es hermosísimo.

—¡Qué encantadora es la pintura! Arp, Masson, Beckman, Roesch, Lili Harmon...

Pronunciaba estos nombres con un gran sentido de la elegancia.

—En España también hay grandes pintores, le dije yo.

—¡Ah, sí, España!